



*JESUS DE NAZARET,  
CRITERIO DE IDENTIDAD CRISTIANA  
EN EL NUEVO TESTAMENTO*

*José O. Tuñí*

## 1. INTRODUCCION

En medios exegeticos y teológicos venimos asistiendo desde hace algunos años a una verdadera recuperación del papel y el sentido de la figura de Jesús de Nazaret en la fe y en la teología. El punto de partida de este "rescate de la humanidad de Jesús" parece que habría que ponerlo en los avances aportados por la aplicación de los métodos histórico-críticos al estudio y lectura del Nuevo Testamento. Sin embargo, su principal impacto se ha dejado sentir en las casi incontables cristologías aparecidas recientemente, en las que se percibe fácilmente el papel central de Jesús de Nazaret o, como decimos muchas veces, del Jesús histórico.

Sin embargo, la pregunta por Jesús no se acaba en los estrechos límites de la reflexión bíblico-teológica. Tanto la literatura popular y de divulgación como la novela y la ciencia ficción se han interesado por Jesús. Incluso los grandes medios de comunicación como el cine y la televisión han dedicado su atención en gran medida a Jesús. El llamado "fenómeno Jesús" ha adquirido unas dimensiones difícilmente abarcables.

Pero hay un aspecto dentro de este conjunto que merece especial atención: muchos hombres y mujeres de nuestro tiempo han dirigido su atención a Jesús para clarificar, iluminar o aclarar situaciones personales más o menos difíciles y complicadas. La reflexión sobre la vida, la muerte, la esperanza o la desesperanza ha apelado muchas veces a Jesús. Y, en estos contextos Jesús se constituye en guía, interpelador, esperanza o modelo. Muchas comunidades cristianas intentan iluminar su caminar a la luz de este hombre singular (el "hijo de Dios"). Y a pesar de que muchas veces no se ha acabado de situar el papel y sentido de Jesús en estos contextos, sin embargo, el hecho es incontestable: Jesús es un punto de referencia muy importante para el cristianismo actual.

Dentro de este contexto inabarcable se va a mover nuestra sencilla aportación de hoy que, por lo tanto, quiere ser modesta y muy limitada. Ahora bien, dentro de la modestia, quisiera ser un punto de referencia relativamente claro y definido: partimos del NT y de su recurso a Jesús. Y vamos a intentar, en el contexto del tema de nuestras jornadas, buscar el sentido de este recurso a Jesús por parte de los diversos documentos neotestamentarios. Pero en vez de considerar los libros del NT como fuente de información sobre Jesús, sobre su vida, su mensaje, etc., vamos a considerarlo como testimonio de fe y de vida a la luz de la fe. Es decir, vamos a leerlos como obras que hablan desde la fe y para la fe.

Y en este contexto vamos a preguntarnos: ¿qué papel se atribuye a Jesús dentro de la experiencia espiritual del cristianismo?, ¿qué papel se le atribuye en la fe y la confesión cristológica que tenemos en los libros del NT? En el fondo se trata de ver hasta qué punto el recurso a Jesús de Nazaret, por parte de los autores neotestamentarios, constituye un catalizador de su fe y de su vida creyente y, por consiguiente, en qué medida puede serlo también para nosotros.

Entre otros interrogantes, deberíamos intentar responder a éstos: ¿estamos ante un recuerdo nostálgico, fruto de unos momentos concretos del comienzo de la fe? El interés del NT por Jesús, ¿responde a un interés estrictamente histórico o biográfico? La presentación y el recurso a Jesús por parte del NT ¿apunta fundamentalmente a una caracterización

de Jesús como modelo para el creyente? O, más todavía, la referencia a Jesús de Nazaret ¿es sólo un modo de llamar la atención del lector, de hacerle más sensible a los problemas que le rodean y de escuchar la llamada a un determinado modo de vida? O, tal vez, hay algo más serio y profundo en el recurso del NT a Jesús de Nazaret, de modo que en ello se halla en juego simple y llanamente lo que llamamos fe cristiana. Y, de ser así, en qué sentido y con qué consecuencias.

He preferido este tema global y, si quieren, más confesional a subrayar aspectos que pueden resultar incluso más cercanos a muchos de ustedes como, por ejemplo, la profundidad de la presentación de Jesús que tenemos en el evangelio de Marcos. O la vigorosa concentración cristológica de la 1ª Jn. De este tipo de presentaciones tenemos múltiples ejemplos a nuestro alcance. En cambio, el sentido del recurso a Jesús por parte del NT como pregunta global puede ser interesante tanto de cara a la valoración del mismo NT como testimonio, como también para calibrar un poco más teológicamente el lugar y el sentido de la figura de Jesús en nuestra experiencia cristiana y, por consiguiente, en un proceso de vocación.

## **2. LA LECTURA DEL NT SEGUN LA EXEGESIS ACTUAL**

Hemos de comenzar diciendo una palabra sobre el talante que caracteriza nuestra actual lectura del NT, no por el prurito de informar o traer a colación aspectos menos conocidos o más "modernos", sino porque resulta ser una confirmación intrínseca de nuestro enfoque de hoy. Es el mismo talante hermenéutico de la exégesis actual del NT el que nos plantea la pregunta sobre el sentido del recurso a Jesús dentro del mismo NT. y, por consiguiente, resulta que nuestra pregunta por la realidad de Jesús de Nazaret no es extrínseca a la naturaleza misma de los documentos neotestamentarios. Es una pregunta que enlaza con uno de los intereses más centrales de estos documentos. Y, por consiguiente, podemos esperar que nuestra pregunta obtenga una respuesta de la mano de estas obras neotestamentarias. Respuesta que no sólo no distorsione los textos, sino que sea un fruto maduro de los mismos.

## **De la comunidad escritora a la comunidad como objeto de los libros.**

Es éste un aspecto que sólo vamos a mencionar en la medida que afecta a nuestro tema. Hace ya unos años aprendimos que los escritos del NT habían de leerse a la luz del telón de fondo de las comunidades en que se gestaron. Y que los medios misioneros, catequéticos, litúrgicos... habían jugado un papel muy importante en la cristalización de tradiciones narrativas, himnicas, de controversias, en las acciones de gracias comunitarias, etc. Tanto los evangelios como otros escritos neotestamentarios fueron fruto de una gestación larga y compleja en la que las comunidades habían jugado un papel importante; en el fondo eran "autoras" de las obras.

En nuestros días y después de una seria profundización de los métodos histórico-críticos, atendemos no sólo al origen y al proceso de formación de los escritos neotestamentarios, sino también, y sobre todo, a los destinatarios de estos escritos. La comunidad a la que se dirigía un determinado escrito es esencial para saber el sentido y alcance de las exhortaciones, correcciones, instrucciones, etc. Porque sin la comunidad muchas veces no acaba de quedar claro cuál es el sentido no sólo de un escrito como un todo, pero ni siquiera de los aspectos o partes que lo componen. Los ejemplos son aquí tan numerosos como obras componen el NT. Pero podemos ahorrárnoslos.

De este brevísimo esbozo se sigue una consecuencia importante para captar el talante de las obras que forman el NT: sólo podremos aspirar a comprender su mensaje si tenemos presente su carácter de obras situadas en un determinado contexto. Los escritos neotestamentarios son obras ocasionales, nacidas de momentos concretos. No pueden ser tratadas como obras atemporales, como formulaciones sin límites y condicionamientos.

## **Los escritos del NT como reflejo de trayectorias espirituales.**

Pero, además, resulta que si estas obras se han escrito y pulido poco a poco (y las cartas paulinas no son una excepción, en la medida que se hacen eco de tradiciones existentes en las comunidades antes de su utilización por parte de Pablo),

entonces los diversos momentos que han dejado su impacto en la progresiva gestación se constituyen en verdaderas etapas de una trayectoria cristiana. Reflejan diversos momentos de la fe, de la concepción de Jesús, de la manera de interpretar la esperanza, etc. La fe en Jesús pudo comenzar con una confianza esperanzada en su próxima venida. Pero pudo madurar, poco a poco, a la luz de las dificultades y cuestionamientos, para convertirse en la fe que da sentido a una dilatada vida en el mundo, aunque la venida de Jesús se haya retrasado.

Lo que queremos decir es que el NT no sólo representa una trayectoria diversificada en la medida que hay diversas obras, diversas comunidades, diversos autores (cosa evidente), sino también en la medida que cada libro es fruto de una verdadera trayectoria. Es, en el lenguaje de estas jornadas, un proceso de maduración y de formulación. Y lo interesante es que este proceso se puede percibir hoy todavía en los textos y podemos retrazar los pasos o etapas más importantes de esta progresiva maduración cristiana.

### **El NT como reflejo de la vida y creencias de las comunidades.**

En la medida que los escritos del NT se hacen eco de los problemas y cuestiones que se van madurando y formulando de distinta forma, y lo hacen atendiendo a situaciones y grupos concretos, son un reflejo de la vida y la fe de las comunidades en que se escriben y a quienes se dirigen. Es decir, son obras vivas que dejan entrever los múltiples avatares de estos grupos, comunidades y autores.

De aquí una consecuencia importante para nuestro tema de hoy. El NT (y aquí hay que subrayar que los evangelios son tenidos explícitamente en cuenta) constituye un conjunto de escritos que han de ser leídos más bien como guías de vida espiritual que como fuente de información concreta (aunque, naturalmente, también lo son). Las obras que constituyen el NT son obras mistagógicas, que pretenden incidir directa y profundamente en la fe y en la vida de los destinatarios. Y que hacen esta labor de un modo ocasional, concreto y limitado. No son compendios de cristianismo (o lo son sólo en la medida que un grupo está necesitado, en un momento determinado, de una exposición más o menos orgánica de la fe, cfr., por ejemplo, la carta a los Romanos).

Supuesto este marco de lectura del NT, es aquí donde se ha de situar nuestra pregunta por Jesús de Nazaret. Porque entonces no se puede tratar de una pregunta retórica ni tampoco académica (aunque también lo sea o haya de serlo). Es, por tanto, una pregunta viva, dirigida a unas obras vivas. Las obras son retazos de la vida y creencias del cristianismo de los primeros años. Por ello, nuestra pregunta por Jesús de Nazaret es una pregunta por el lugar y sentido de la realidad de este Jesús dirigida al cristianismo primitivo. Y en la medida que este tiempo constituye un momento crucial de la fe, es una pregunta que ha de esperar obtener respuestas también para nosotros hoy. Y también en el marco de un proceso de vocación a la vida religiosa.

### **3. LA PRESENCIA DE JESUS DE NAZARET EN EL NT**

Jesús de Nazaret es objeto de interés y de recuerdo vivo por parte de los evangelios. El hecho es patente. Aquí está el interés perenne por las biografías de Jesús que se han escrito desde el comienzo de la fe y que parecen haber sobrevivido la crítica de los siglos XIX y XX (y esto debería ser analizado más despacio, pero aquí no podemos alargar este punto). Pero también es importante y ha sido mucho menos subrayado el espacio que otros documentos neotestamentarios dedican a Jesús. Por ello debemos hacer un primer acercamiento a nuestro tema que pretende simplemente constatar el interés y la importancia concedida a Jesús por parte no sólo de los evangelios, sino de otros documentos neotestamentarios. Porque esta primera toma de contacto va a permitirnos plantear el tema de hoy en un marco un tanto ampliado -y tal vez distinto- respecto del que normalmente utilizamos.

#### **En las trayectorias de las comunidades evangélicas.**

La presentación de Jesús por parte de los sinópticos nos parece uniforme, es como si se tratara de una presentación sensiblemente coincidente con matices. ¿Es así, en realidad? ¿Quién es Jesús para estas obras? Resulta un tanto aventurado sintetizar aquí en un breve espacio tantos datos y aspectos, pero hemos de intentarlo.

Los evangelios de Mateo y Lucas, respecto de Marcos, tienen dos datos de calibre que los diferencia claramente de su fuente: los evangelios de la infancia y los relatos de las apariciones. Ambos son aspectos esencialmente cristológicos. Y ambos contribuyen a que no podamos decir que en Mateo y en Lucas Jesús sea presentado con los trazos del abandono y el fracaso que aparentemente caracterizan la obra de Jesús de Nazaret según el evangelista Marcos. El sentido, por tanto, de la figura de Jesús tendrá necesariamente un valor distinto en Mateo y Lucas que en Marcos. En este último autor, la realidad de Jesús y su vida incomprendida por todos (no sólo fariseos, saduceos y herodianos, sino también por la familia de Jesús, sus discípulos, los de su pueblo, las mismas mujeres que no se atreven a transmitir el mensaje pascual) resulta enormemente punzante. Y nos remite a una comunidad que no parece haber valorado suficientemente el fracaso de Jesús, su vergüenza e ignominia que llega a alcanzar su momento culminante en la cruz y el grito de Jesús: "¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?" Hay, en el evangelio de Marcos, una vivencia de Jesús que subraya al máximo los aspectos de la humillación y el dolor. De aquí que los fragmentos que hablan del seguimiento (¿de la fe!) hagan hincapié en la necesidad de vivir la fe como camino de la cruz en soledad y abandono. Hay aquí una trayectoria espiritual bastante clara: una fe que necesita ser exhortada y corregida. Y sólo teniendo en cuenta este aspecto podremos comprender el sentido del recurso a una vida de Jesús interpretada a la sombra de la cruz a través del llamado secreto mesiánico. No podemos alargar más este punto.

Podríamos pensar, sin embargo, que Mateo y Lucas tienen una presentación sensiblemente paralela. No es así. La valoración de la historia que hace Lucas a través de su grandiosa visión del evangelio y los Hechos de los Apóstoles no tiene parangón con Mateo. Y, precisamente, en la medida que Lucas incardina a Jesús en una historia grandiosa que es conducida por el Espíritu Santo nos presenta a Jesús con los trazos del Kyrios majestuoso del AT, pero con una cercanía misericordiosa y atenta a las necesidades de los hombres que nada tiene que ver con la hieraticidad de Jesús según Mateo. En el evangelio de Mateo Jesús de Nazaret es un

maestro revestido de autoridad que enseña y desarrolla su nueva doctrina de la mano de constantes referencias a la economía del AT. Esta grandiosidad doctrinal no la ha subrayado Lucas. Por tanto, lo que ha impresionado a uno ha dejado de impresionar a otro y viceversa. De aquí que el sentido de la presentación de Mateo y Lucas sea distinto. Y en este caso resulta especialmente claro porque podemos comparar con detalle la forma cómo estos dos autores han tratado las fuentes comunes a sus obras. Ello, naturalmente, va de la mano de comunidades distintas. Y si bien la comunidad de Lucas es más difícil de pergeñar que la de Mateo, se puede decir que el interés de estos últimos años en la exégesis de estos autores ha sido precisamente la de desentrañar los contornos que las delimitan.

Hasta aquí un somero recorrido por estas diversas presentaciones evangélicas de Jesús. Es interesante constatar, para nuestro tema de hoy que, a pesar de la aparente uniformidad, el recurso a Jesús difiere notablemente incluso en el caso de los sinópticos. Los tres han considerado el marco de la vida de Jesús de Nazaret como la forma apropiada de hablar de la fe, el seguimiento y la vida cristiana. Pero lo han hecho de formas muy diversas a través de los mismos datos y, muchas veces, a través de los mismos textos. Y, sin embargo, los textos, con ser a veces idénticos, tienen un sentido diverso. Y la razón de ser de esta diversidad la constituyen las diversas trayectorias cristológicas (hoy apenas esbozadas), las diversas experiencias espirituales y, en definitiva, el sentido diverso que Jesús tiene para estas comunidades.

Muy distinto es el caso del cuarto evangelio y esta diferencia con los sinópticos ha sido notada desde el principio. ¿Cuál es el papel de Jesús de Nazaret en esta obra? Ya el llamado prólogo tiene una solemnidad sorprendente y parece hablarnos de un Jesús lejano, majestuoso e inalcanzable: la palabra de Dios, el **Logos**. Por otra parte y no sin razón, el Jesús del cuarto evangelio es descrito como un "Dios que se pasea por la tierra", que parece hablarnos desde la profundidad del mundo celestial. Y, sin embargo, también la vida terrena de Jesús resulta esencial para esta comunidad. En efecto, el autor podía haber prescindido de referirse



al hombre llamado Jesús si lo que quería era hablarnos de la gloria de Dios que se manifestaba. Israel, al fin y al cabo, lo había hecho durante siglos. Por otra parte, podía haber hecho sus afirmaciones fundamentales sobre el **Logos** divino, su presencia y su permanencia sin encuadrarlas en una obra que reproduce los datos fundamentales de la vida de Jesús. Si consideró necesario hablar de Jesús para hablar de Dios es que no fue suficiente para él hablar del **Logos**. También podía haber prescindido de dar tanta importancia a la muerte de Jesús. Importancia capital porque, según el autor, sólo después de la muerte de Jesús es posible captar el sentido más profundo de su misteriosa persona y sólo después de la muerte de Jesús, es posible hablar de la vida cristiana en el sentido pleno de la palabra. Hay, pues, en el cuarto evangelio una valoración intrínseca de la realidad humana y terrenal de Jesús. Y a pesar de los trazos gloriosos y divinos que envuelven a este personaje, es imposible hablar de la fe en el evangelio de Juan, sin que ello tenga una referencia intrínseca al Jesús terrenal.

Esta breve exposición confirma lo que hemos enunciado más arriba: la enorme distancia que separa la interpretación de Jesús que tenemos en el cuarto evangelio de la que hemos hecho de la mano de los evangelios sinópticos. Pero, dentro de la diversidad, hemos encontrado también aquí una referencia central a Jesús de Nazaret. Todo esto se amplía y confirma si decimos una palabra de otros documentos neotestamentarios.

### **La presencia de Jesús de Nazaret en otros documentos del NT.**

Precisamente de la mano del acento que acabamos de encontrar en la gloria y la divinidad de Jesús en el evangelio de Juan se puede entender mejor el mensaje fundamental de la 1ª Juan y su fuerte concentración cristológica en Jesús de Nazaret. Este escrito (1ª Juan) sólo resulta plenamente inteligible si lo leemos como una verdadera recuperación de la humanidad de Jesús para la fe, la confesión y la vida de aquel grupo. La fe en Jesús, según se desprende de este escrito, se había convertido en un hecho extraordinariamente "espiritualista" (gnóstico, diríamos más exactamente) para un numeroso grupo de la comunidad joánica. Este grupo hablaba de conocer a Dios, de amarle y tener comunión con él y, de hecho, prescindía de Jesús tanto en su fe como en su

vida práctica (no amaba al hermano). Ante esta situación tan grave y peligrosa, el autor de la 1ª. Juan recurre a **Jesús-hombre** como sujeto de la confesión de fe que la comunidad ha tenido siempre. Y subraya que no se trata de un Jesús celestial, alejado, sino que el Jesús presente en la comunidad es aquel hombre llamado Jesús, el venido en la sangre y en la muerte. Y subraya el sentido soteriológico de esta muerte de Jesús. De aquí se siguen las conocidas consecuencias acerca del amor al hermano. La figura del Jesús terrenal ha sido, en este caso, un recurso fundamental del autor a fin de salvaguardar la identidad de la experiencia cristiana de su grupo. Hay aquí, por tanto, un recurso a Jesús de Nazaret, hecho con tonos dramáticos y, sin embargo, en una forma muy distinta de la que tenemos en los evangelios. No se hace un recurso a Jesús a base de narrar su vida. Simplemente se recuerda que el "hijo de Dios" presente y actuante en la comunidad no es otro que aquel Jesús venido en la pequeñez y caducidad de la existencia mortal.

Vamos a ceñirnos a otros dos documentos, normalmente bastante olvidados y, sin embargo, sumamente interesantes. En la 1ª Pedro, una comunidad, en vísperas de una persecución inminente, es exhortada a poner los ojos en Jesús no sólo como modelo, sino como inspirador de actitudes ante el sufrimiento. Y sufrir como Jesús quiere decir aquí sufrir con Jesús, no en la visión de un **Kyrios** cósmico que se alarga hasta nosotros, sino de la mano de la manera concreta cómo Jesús padeció en su pasión. De aquí la importancia de los himnos del siervo de Yahvé que constituyen la clave de lectura del sufrimiento histórico de Jesús. En una palabra, la vida y la muerte de Jesús constituyen el sentido más profundo de la vida y la muerte (posible) del cristiano. Tenemos, en esta breve presentación, un claro recurso a Jesús de Nazaret, a su vida, a su sufrimiento, a su muerte. Pero esto no se ha hecho de la mano de una presentación narrativa (evangélica), sino en una apelación a Jesús en cuanto sentido y presencia de sentido en el seno de la comunidad.

La carta a los Hebreros. A pesar de su carácter enigmático, este escrito considera los días mortales de Jesús como garantía indispensable de anuncio de una salvación ya alcanzable: tenemos el acceso abierto a Dios ya ahora. Y lo tenemos porque uno de nuestra raza, Jesús, ha alcanzado un lugar

junto a Dios. Si Jesús ha vivido nuestra vida, entonces nosotros podemos entrar con él y por él, precisamente porque compartimos la misma vida y hemos de compartir la misma muerte. La realidad terrena de Jesús de Nazaret es subrayada por el escrito que llamamos la carta a los Hebreos mediante el mismo nombre, "Jesús". Un escrito literariamente tan sofisticado como éste habla en este caso en términos sumamente sencillos y a aquel que es el sacerdote por excelencia del culto, el que está sentado a la diestra de Dios le llama simple y llanamente así, "Jesús". Y presenta los días terrenos de Jesús con trazos duros y paradójicamente "abajados": Jesús gime y se debate ante la muerte y vive su vida en una constante tentación. El cristiano en dificultades encuentra en él ciertamente un modelo, pero también el que ha transformado su vida efímera en una vida "coram Deo", delante de Dios. Jesús es el que ha comenzado y llevado a plenitud la misma fe que tenemos nosotros; por ello nuestra consumación está garantizada como la suya y por la suya. No podemos decir, pues, que la carta a los Hebreos no cuente con Jesús de Nazaret. No sólo cuenta con él sino que lo pone ante la mirada atónita del lector con trazos realistas y, hasta cierto punto, escandalosos. Hay aquí, de nuevo un recurso a Jesús que no va por los caminos del género narrativo que tenemos en los evangelios. Y, sin embargo, Jesús es una realidad presente y actuante en la comunidad de Hebreos. Su acción es plena y profunda: nos ha posibilitado el acceso a la salvación que vivimos. Es verdad que esperamos una realización definitiva, pero en realidad la garantía es una fe que se comparte no sólo con una gran nube de testigos, sino con el mismo Jesús. Creo que estos breves trazos nos pueden hacer comprender la importancia de Jesús de Nazaret en la carta a los Hebreos.

### **¿Está ausente Jesús de Nazaret de la Teología paulina?**

Por lo que sabemos, Pablo no escribió nunca un evangelio. No hizo, por tanto, una valoración teológica narrativa de la vida humana de Jesús. Por otra parte, sus escritos no se detienen en una consideración demasiado detallada de aspectos de la vida de Jesús. Pablo escribe y desarrolla una Cristología del Kyrios, del Señor de la gloria, del Cristo total. La Cristología de Pablo está dirigida a iluminar el

**status** del creyente que ha sido incorporado a este misterio salvífico por la fe y el don del Espíritu. ¿Quiere esto decir que para Pablo Jesús de Nazaret ha quedado al margen? Si lo creemos así, ¿con qué criterios estamos valorando aquí el recurso a Jesús? ¿con el modelo evangélico? ¿es legítimo decir que el Jesús terrenal no tiene en Pablo ningún papel (cfr... 2ª Cor 5,16) porque no hay referencias a toda la realidad terrenal de Jesús?

Sin embargo, las cosas pueden cambiar si comenzamos por preguntarnos si Pablo no tiene en cuenta a Jesús de otra manera. Porque Pablo no sólo se refiere a Jesús, el hijo de David, no sólo habla del nacido de mujer, del traicionado, del maestro, sino que, además, valora teológicamente el carácter efímero y débil de la existencia de Cristo (cfr. 2ª Cor 13, 4) y hace de la muerte de Jesús (naturalmente junto a su resurrección) el centro de su Teología, de su pastoral y de su misma vida. Por tanto, si bien es verdad que Pablo no hace una presentación narrativa de la existencia terrena de Cristo, sin embargo es central a su visión cristológica una valoración de la **sarx**, la existencia mortal de Jesús. Y es esencial porque, en definitiva, el gran argumento de 1ª Cor 15 sobre la resurrección de Jesús tiene sentido solo a la luz de la verdadera muerte de Jesús. Por otra parte, tanto el recurso reiterado de los himnos y confesiones cristológicas que Pablo reproduce (cfr., por ejemplo, Rom 1,3-4; Fil 2,5-11; Rom 4,25, etc.) como el recurso al memorial de Jesús en la Eucaristía apuntan a una interpretación actualizadora de Jesús de Nazaret, y no sólo a la presencia mística del **Kyrios** exaltado. Lo que ha pasado en la gran visión cristológica de Pablo es que el papel de Jesús no se puede medir con el parámetro de los evangelios. Ha de ser valorada desde el conjunto de la interpretación paulina. Y, en este sentido, hay que decir que la Cristología paulina resultaría un verdadero enigma sin Jesús de Nazaret. Por ello hay en Pablo una referencia intrínseca a Jesús que hoy sólo hemos podido esbozar.

Como resultado de este breve recorrido podemos constatar lo siguiente: en el NT hay no sólo diversidad de imágenes de Jesús (cosa que ya sabemos y valoramos), sino que hay algo todavía más profundo. Hay diversidad de modos de

referirse a Jesús. La diversidad de imágenes y la diversidad de modos de referirse a Jesús obedecen a diversidad de situaciones y circunstancias, a diversidad de géneros literarios y de finalidades de escritos, a diversidad de sensibilidades y necesidades. Pero no es nuestro objeto analizar esto con detalle (cosa necesaria en cualquier caso). En cambio, hoy conviene que nos preguntemos qué significa esta múltiple y variada presencia de Jesús de Nazaret en los escritos del NT. ¿Cuál es, en definitiva, el sentido fundamental del múltiple recurso a Jesús?

#### **4. EL SIGNIFICADO DE LA PRESENCIA DE JESUS EN EL NT**

Para responder adecuadamente a esta pregunta deberíamos hacer una valoración más detenida y seria de los datos esbozados. Veríamos entonces que hay un recurso a Jesús que lo valora más como suceso de nuestra historia, independientemente de nosotros, y, en cambio, otro tipo de recurso a Jesús subraya más bien su carácter de suceso que nos afecta. En una palabra, habría que matizar más para no dejar tan al margen el tema de la historia de Jesús y del sentido de esta historia para la fe. Pero esto no es posible.

En cambio, sí es posible hacer una presentación esquemática del tema a la luz de nuestra breve presentación de la naturaleza de los escritos neotestamentarios. Es decir, teniendo ante nosotros el carácter de testimonio de fe y de vida que presentan los documentos del NT. Porque, en el fondo, y en líneas muy amplias y generales percibimos en el desarrollo de la fe de las primitivas comunidades cristianas un claro proceso en la confesión de la fe. En la medida, pues, que los documentos del NT son un reflejo de la vida y la fe de las comunidades primitivas, podemos esbozar dos grandes momentos de esta fe que tenemos reflejados en los textos que van a servirnos para presentar este amplio tema de forma mínimamente asequible.

#### **Dos momentos diversos de la confesión cristológica.**

La confesión de fe del cristianismo primitivo tuvo, lógicamente, diversas formulaciones. Y, sin embargo, fue siempre la misma. Los primeros cristianos confesaron a Jesús como Mesías (Christós). De esta fórmula tenemos variados ejemplos

tanto en los evangelios como en las cartas católicas. Cuando Pablo se hace eco de las confesiones de sus comunidades nos habla en términos de Jesús Señor (**Kyrios**). Y, sin embargo, como demuestran confesiones de fe como Rom 1,3-4, esta fórmula no quiere decir otra cosa que la de Jesús Mesías. Luego la confesión adquiere otras terminologías: Jesús es salvador, Jesús es hijo de Dios. En cualquier caso todas estas fórmulas caracterizan los primeros años del cristianismo. Ahora bien, ¿cuál es el sentido fundamental de las mismas? ¿Dónde está el acento de las mismas en cuanto lo podemos percibir? Está claramente en el predicado. Jesús es **el Mesías, el Señor (Kyrios), el salvador, el hijo de Dios**. La novedad no está en el sujeto. Porque el sujeto está cerca, es conocido, es familiar. Las fórmulas antiguas de confesión tienen el acento claramente en la novedad del predicado que anuncia la salvación alcanzable, la irrupción de Dios en Jesús, la accesibilidad de lo inalcanzable. Una prueba de ello está en la variedad de predicados: Señor, Salvador, Mesías, Hijo de Dios. Es este el punto que hay que subrayar. Ahí está la buena nueva. Que la salvación está cerca de nosotros, está a nuestro alcance, se ha hecho real.

Pasan los años y la fe se ha hecho más conocida, es un bien que poseemos y que ilumina nuestra existencia. Los primeros cristianos dejaron fórmulas acuñadas para la liturgia, la plegaria, la eucaristía. Y otras fórmulas eran todavía utilizadas. Ahora bien, las confesiones de fe utilizadas habían ido cambiando sensiblemente de acento. Las fórmulas Jesús es el Señor, el hijo de Dios, el salvador continuaban siendo utilizadas. Pero con un sentido distinto: el acento pasaba del predicado al sujeto. **Es Jesús** quien es el Mesías. Por esto se perciben en algunos documentos del NT los ecos de esta nueva acentuación: es Jesús venido en la carne el que nos ha salvado. Pero la novedad, lo característico de esta nueva etapa ya no es la salvación, el acceso a la vida, la presencia del Espíritu. Lo que hay que recordar es que gracias a Jesús nosotros podemos gustar la luz y la verdad: es aquel hombre llamado Jesús quien nos introduce en la esfera de la vida definitiva. Y, en la medida que nos alejamos más de Jesús, mayor es el interés del NT en subrayar que es precisamente aquel Jesús que parece sepultado en

la realidad oscura y lejana de la historia, el que nos ilumina y nos hace vivir ya en la luz.

Pues bien, los representantes por excelencia de esta segunda etapa son precisamente los evangelios. Al fin y al cabo los evangelios son obras que, en cualquier caso, se redactaron después que Pablo (y probablemente que otros documentos citados) hubiera enviado sus cartas. Es aquí donde se percibe una mayor originalidad en el recurso a Jesús. Pero ello no hace de los escritos anteriores (o de escritos realizados en otras circunstancias, por ejemplo, la carta a los Hebreos), obras de segunda categoría por lo que se refiere a la realidad y el recurso a Jesús.

### **El sentido del recurso a Jesús.**

Las confesiones de fe nos han llevado a una constatación: que Jesús ocupa siempre un lugar importante en la fe de la comunidad. Y si recordamos lo que hemos dicho antes acerca de la naturaleza de los documentos neotestamentarios, podemos decir lo siguiente: en el contexto vivo y creyente de las comunidades que se expresaron con estas fórmulas de fe, la realidad histórica de Jesús no fue nunca una magnitud del pasado. En ninguno de los dos momentos se percibe que Jesús haya quedado anclado en el pasado lejano y oscuro. Porque el interés por Jesús es un interés esencialmente soteriológico y no principalmente biográfico. Es decir, por mucha que sea la diversidad de intereses que cristalizan en el recurso a Jesús, aquellas comunidades hablan de Jesús en la medida que aquel Jesús las afecta en el presente. Y así lo confiesan. Por tanto, no tenemos en la vida de las comunidades primitivas un recurso a Jesús al margen de la fe y la confesión. Dicho más cristianamente: no hay recurso a Jesús al margen de la confesión de que Jesús, precisamente Jesús de Nazaret, es el salvador, el que nos posibilita a nosotros, en concreto, el tomar parte en la salvación. Por ello resulta que todos los aspectos de la vida de fe de aquellas comunidades son, en el fondo, un recurso implícito o explícito a Jesús. Y Jesús se hace, por tanto, proclamación, exhortación, catequesis, predicación y alabanza. En una palabra, Jesús lo es todo para la comunidad y se entiende que en este contexto haya obras como el cuarto evangelio que agote no sólo los títulos cristológicos para hablar de Jesús sino que

incluso agote los símbolos veterotestamentarios y nos diga que Jesús es el pan, el agua, la puerta, el pastor, la vida... Jesús, por tanto, es el absoluto, es Dios.

En este sentido, Jesús de Nazaret, en la medida que constituye el centro de la vida, de la fe y de la confesión creyente del NT, es aquella realidad imposible de definir y de abarcar... porque Jesús es el centro de la comunidad en la medida que es Jesús de Nazaret (uno de ellos), pero, al mismo tiempo, el Señor presente y actuante entre ellos. En este sentido no es posible buscar en el NT una presentación desapasionada de Jesús de Nazaret. El NT como reflejo de una vida centrada en él nunca lo pretendió. Más bien al revés. Es decir, que su cometido es precisamente transmitir este apasionamiento de las comunidades, de los autores. Y, por otra parte, en la medida que este apasionamiento se deja entrever en todas las páginas del NT, constituye un lugar insustituible de presencia viva y actuante de Jesús.

Pero, entonces, no podemos buscar a Jesús al margen de este contexto testimonial. No se puede intentar aislar un personaje histórico neutro si queremos encontrar un acceso a Jesús en el contexto de la fe y la vida esperanzada de los primeros cristianos. Y, si éste es el contexto, entonces el NT como reflejo de la vida y de la fe de aquellas comunidades es una verdadera sinfonía de presencias de Jesús. Porque es la plasmación multicolor de una vida que había hecho de Jesús de Nazaret, el Señor, el centro de la comunidad. Jesús de Nazaret, en este sentido, está presente en todas las páginas del NT. Pero hay que saber encontrarlo a través de la consideración de estos escritos como retazos de una vida apasionadamente centrada en Jesús, el Señor.

Es aquí donde cobra sentido la consideración del NT como un testigo privilegiado de Jesús. Y lo es en un sentido especialmente profundo, en la medida que en él cobra realidad y se hace vivo y actuante el que vivió y murió en los primeros años de nuestra era, pero sigue actuando entre los suyos a través del Espíritu.

### **El cristiano y Jesús de Nazaret.**

Hay un último punto que quisiera subrayar. Según lo que venimos diciendo, Jesús se hace presente en el NT en



la medida que el NT es un reflejo de la vida y de la fe de las comunidades primitivas. En este caso, la experiencia de los primeros cristianos es una presencia de Jesús. Es decir, que no hay Jesús sin cristianos. Como no hay Jesús sin testigos. Porque hasta cierto punto los mismos testigos están constituyendo a Jesús presente y actuante en la comunidad. Para decirlo teológicamente no hay **fides quae** sin **fides qua**. En este sentido, el NT es un acceso insoslayable.

Pero esto es así, además, según una convicción no expresada pero muy arraigada en el NT: lo que han percibido los autores neotestamentarios es que Jesús es la buena noticia de la salvación y en este sentido cuando se ofrecía a los hombres la buena noticia del evangelio se les estaba ofreciendo a Jesús y ellos recibían al mismo Jesús. En este sentido, el cristiano que recibe y acoge a Jesús se convierte, en alguna forma en Jesús, se identifica con él. Y lo puede transmitir a los demás. Es una forma distinta de decir lo que antes indicábamos: que Jesús lo es todo para el NT, también Jesús lo es todo para el cristiano. Ahora bien, aquí está, en definitiva, la confirmación de que en el fondo lo que ofrece el NT es una experiencia espiritual. Porque la acogida de Jesús, la fe, siempre se ha considerado obra del Espíritu en la vida del creyente. Recibir a Jesús, acogerle, es en definitiva, la fe.

## 5. ALGUNAS CONSECUENCIAS

Hemos tratado un tema demasiado amplio y, por tanto, de entre las muchas cosas que podríamos comentar hemos de escoger algunas que resultan más relevantes en el contexto del tema de estas jornadas.

### Respecto de la lectura del Nuevo Testamento.

A la luz de lo que hemos dicho puede quedar claro que nos acercamos al NT con una doble actitud igualmente inadecuada: muchas veces buscamos en el NT la fuente de una piedad a lo sumo "verbal" (hay frases que nos impresionan) o demasiado "nuestra" (a ver si el NT ilumina una experiencia espiritual ya hecha: por tanto, busco aquello que me va, que se acomoda a mi espiritualidad). Por otro extremo nos

acercamos al NT muchas veces para entresacar de él datos "neutros", "objetivos". Evidentemente que esta actitud es legítima (al fin y al cabo son documentos del pasado, accesibles con esta mentalidad), pero difícilmente llegaremos a una lectura cristiana del mismo. Sólo enlazaremos con el talante fundamental del NT si nos acercamos "ex fide in fide", de la fe que interroga a la fe que confiesa. Para que esto sea real en el más profundo sentido de la palabra conviene que tengamos en cuenta que la fe que se transparenta en el NT es una fe viva, a veces vacilante, a veces corregida, a veces profundizada. Pero, en definitiva, es una fe confesada y, muchas veces, apasionadamente.

Y hemos de acercarnos desde nuestra fe. Una fe que tal vez también es vacilante, necesitada de ser corregida, profundizada, etc. En último término una fe situada que busca la luz y la busca donde la luz verdaderamente está. Nuestra fe situada y lógicamente compartida (ha de ser confesada) puede encontrar en el NT un aliciente, un correctivo, un incentivo, etc. Hemos de estar abiertos a lo que pueda decirnos la vida de aquellas comunidades que nos habla principalmente de Jesús.

### **Respecto a la Cristología neotestamentaria.**

Hay una segunda consecuencia que por el hecho de ser más teológica no deja de ser importante porque afecta a nuestro tema de hoy. Que la pregunta por Jesús que nosotros continuamos haciéndonos, sólo tendrá sentido (a nivel de edificación de la fe) si se hace en el contexto de la proclamación creyente que lo anuncia (y lo hace presente) como salvador, mediador, acceso a Dios, etc. Y el problema es que este Jesús confesado y proclamado en la fe es siempre más que Jesús de Nazaret. Es al mismo tiempo el Kyrios, el salvador. Es el hijo de Dios. Aunque, y esto es esencial, sin dejar de ser Jesús.

Por tanto, una recuperación de Jesús de Nazaret a la luz de la historia (recuperación no sólo legítima sino necesaria para una Teología del NT) tiene siempre el peligro de sacar a Jesús del marco indispensable de la fe y la confesión y de convertirlo en una figura evocadora, interesante y sugerente. Es aquí donde Jesús se convierte simplemente en modelo

externo. Es aquí donde se convierte en mero punto de referencia. En cambio, la fe lo ha confesado siempre también como sentido fundamental de la vida. Y este aspecto no podemos dejarlo de lado porque afecta a la naturaleza misma del medio de acceso: el NT como testimonio.

En este sentido no podemos convertir a Jesús en un núcleo histórico separado, como un personaje lejano y manipulable. Porque aquí habríamos perdido algo esencial a la fe, en consecuencia, pondríamos en peligro la misma identidad cristiana. En definitiva, a mí me parece que aquí está el peligro de hablar de Jesús en términos del Jesús histórico. La formulación misma sugiere un núcleo histórico último, como una realidad intocable, idéntica para todos. Y esta realidad quimérica no sólo es una ficción, sino que caso de ser alcanzable se convertiría en un hecho que no habla. En un hecho bruto, sin sentido. El acceso al Jesús de la historia no se puede dar al margen de los testigos excepcionales que nos han legado el NT. Y el NT no puede ser transformado en una obra neutra. A través del NT se nos hace accesible el Jesús terrenal. Pero nunca sin la confesión que hace de él (precisamente de él) el Señor.

Y, sin embargo, por otro lado, el papel de Jesús de Nazaret en una Cristología del NT tiene también una función específica e intrínseca: la referencia constante y central a Jesús tanto en las confesiones de fe como en la predicación convierte al mismo Jesús en un momento constitutivo de la fe y de la vida de aquellas comunidades. Y en la medida que la vida y la muerte de Jesús son evocadas y narradas a la luz de la Pascua y con la fuerza de la fe (el Espíritu Santo), pasan a constituir un momento irrenunciable de nuestra propia fe, de nuestra confesión y de nuestra predicación. En este sentido, una Cristología del NT que quisiera el acento en el anuncio de la salvación sin vincularla intrínsecamente a la vida y a la muerte de Jesús llevaría a los extremos que denunciábamos en los oponentes de la 1ª Juan: el olvido de Jesús lleva consigo el olvido de la terrenalidad del hombre Jesús y, en definitiva, está abocado a convertir la fe cristiana en un espiritualismo angelical, muy cercano a la gnosis o, como diríamos en nuestros días, a una ideología.

Y esto que hemos formulado a nivel teológico tiene una

traducción a la experiencia cristiana que vamos a ver a continuación.

### **Respecto de nuestra experiencia cristiana.**

Nuestra experiencia cristiana de Jesús tiene el peligro de vivir la realidad presente de este Jesús de Nazaret, el Señor, o bien monofisitamente o bien nestorianamente. Y me explico. En nuestra experiencia espiritual (es decir, en nuestra experiencia del Espíritu de Jesús, del Espíritu Santo) o bien ponemos tanto acento en la realidad trascendente de Jesús que lo constituimos en un ser celestial que baja del cielo y se está con nosotros un tiempo para después volver a marcharse a su "patria", con lo que de hecho prescindimos de su realidad terrenal. O bien de tal manera separamos su vida mortal de su constitución como hijo de Dios (confróntese Rom 1, 3-4) que, de hecho, hacemos de Jesús un hombre que se convirtió en Dios. Para decirlo más sencillamente: Jesús es de tal manera Dios que no puede llegar a ser verdaderamente hombre o de tal manera es verdaderamente hombre que la divinidad sólo se le puede "añadir".

¿Cuál es aquí el criterio, el punto central, la piedra de toque de una experiencia cristiana de Jesús? El punto central de nuestra experiencia cristiana de Jesús es que no la podemos vivir al nivel de la inteligibilidad (la teología) sino que la hemos de creer. Porque es precisamente en Jesús de Nazaret, confesado como Señor, donde hay que situar el misterio inabarcable de un Dios que se acerca y salva.

Aquí está precisamente el testimonio del NT que conviene aceptar para convertirse al cristianismo. Por ello, nuestra experiencia de Jesús de Nazaret (a través de su Espíritu) ha de estar continuamente abierta a la corrección de la fe. Y la fe, formulada años después del NT, aunque siempre inadecuadamente, sigue manteniendo la afirmación de la humanidad y de la divinidad.

Ahora bien, la estructura cristológica del objeto de la fe y la confesión sólo será vivida cristianamente en línea con el NT (sólo será creída) en la medida que nos constituye en Jesús. Aquí está el papel de Jesús de Nazaret, el Señor, en la misma estructura espiritual de nuestra fe vivida. La

dinámica de este tipo de experiencia espiritual es impredecible. Pero deberá dejarse medir por el Jesús presente en el NT y en las comunidades primitivas. Y, por tanto, deberá mantener una estructura de vida cristiana en la que no olvidemos que confesamos a Jesús como Señor (Dios), pero sólo en la medida que es Jesús de Nazaret. De hecho nuestra fe se ha de convertir en confesión y en testimonio. Y es en esta confesión y en este testimonio donde se manifiesta la estructura cristológica de la experiencia del Espíritu.

Aquí estamos en el terreno de la experiencia espiritual y del discernimiento espiritual. Y conviene recordar que en el NT el Espíritu nos lleva a Jesús y nos hace recordar todo lo que Jesús dijo. En definitiva, el Espíritu se define por Jesús. Y sólo a través de Jesús podremos saber si el Espíritu que nos posee es el de Jesús u otro. Porque los peligros a que estamos abocados son bien patentes y ya han quedado esbozados más arriba.

### **Respecto del tema de estas jornadas.**

Tal vez pueda parecer que me he olvidado de la razón por la que había que exponer este tema. Mi intención no ha sido ésta en absoluto. Lo que ocurre es que uno se deja llevar más fácilmente por aquello a que dedica sus trabajos y reflexiones. Sin embargo, creo que muchas de las cosas dichas hasta aquí pueden resultar provechosas para vuestro trabajo. Para acabar me atrevería a resaltar dos aspectos que enlazan con lo que hemos expuesto y que pueden resultar especialmente relevantes para el tema de estas jornadas.

En primer lugar que el NT es una buena guía para discernir una vocación, si se toma tal como lo he presentado. Porque la radicalidad neotestamentaria es proverbial. No tenemos en el NT una exhortación a ser cristianos a medias. Precisamente por lo que hemos expuesto más arriba la centralidad de Jesús se traduce en una experiencia de exclusividad, una experiencia de tipo totalizador. Creo que, en este sentido, muchos de los documentos neotestamentarios pueden ser excelentes libros para ver si los llamados se sienten en sintonía con las dinámicas espirituales que encontramos en ellos. Porque la dinámica neotestamentaria es siempre fruto de una experiencia espiritual no sólo profunda sino "confesada"

y esto tiene importancia. Porque la vocación no sólo se puede sentir, también se ha de confesar (como la fe).

Me pregunto en segundo lugar hasta qué punto hemos profundizado y desentrañado la función de la Cristología y, más en concreto, el papel de Jesús de Nazaret en las experiencias espirituales de los fundadores de órdenes y congregaciones religiosas. Y me lo pregunto porque creo que es una labor por hacer y, por otra parte, un punto de referencia muy importante para discernir nuestras propias vocaciones y, por consiguiente, saber qué es lo que debemos presentar a los posibles candidatos. Después de lo que hoy hemos podido indicar parece claro que la variedad ha de presidir las diferentes trayectorias espirituales de aquellos que recibieron en su vida un carisma para la iglesia.

Es aquí, por tanto, donde las diversas presentaciones del NT nos han de dar verdaderas pautas. Porque Jesús vive hoy entre nosotros de formas muy diversas. Tan diversas que uno se pregunta a veces si no habrá formas que lo que han perdido es precisamente a Jesús de Nazaret. En el cual caso se podrá dar tal diversidad respecto a otros grupos que haya que plantear hasta qué punto aquella experiencia espiritual puede catalogarse como cristiana. Porque perder a Jesús es perder la identidad cristiana y perder aquello que nos constituye en continuadores del testimonio del cristianismo primitivo sobre Jesús.

Porque, en definitiva, nuestro tema de hoy se reduce a algo sencillo: ¿en qué medida estamos haciendo presente a Jesús de Nazaret en nuestro trabajo, nuestras instituciones, nuestras vidas y nuestras comunidades? Lo que pensamos, hacemos y decimos, ¿está haciendo presente a Jesús, el hijo del carpintero, que es el Señor? ¿Nuestro testimonio sigue siendo una llamada al seguimiento de Jesús?

